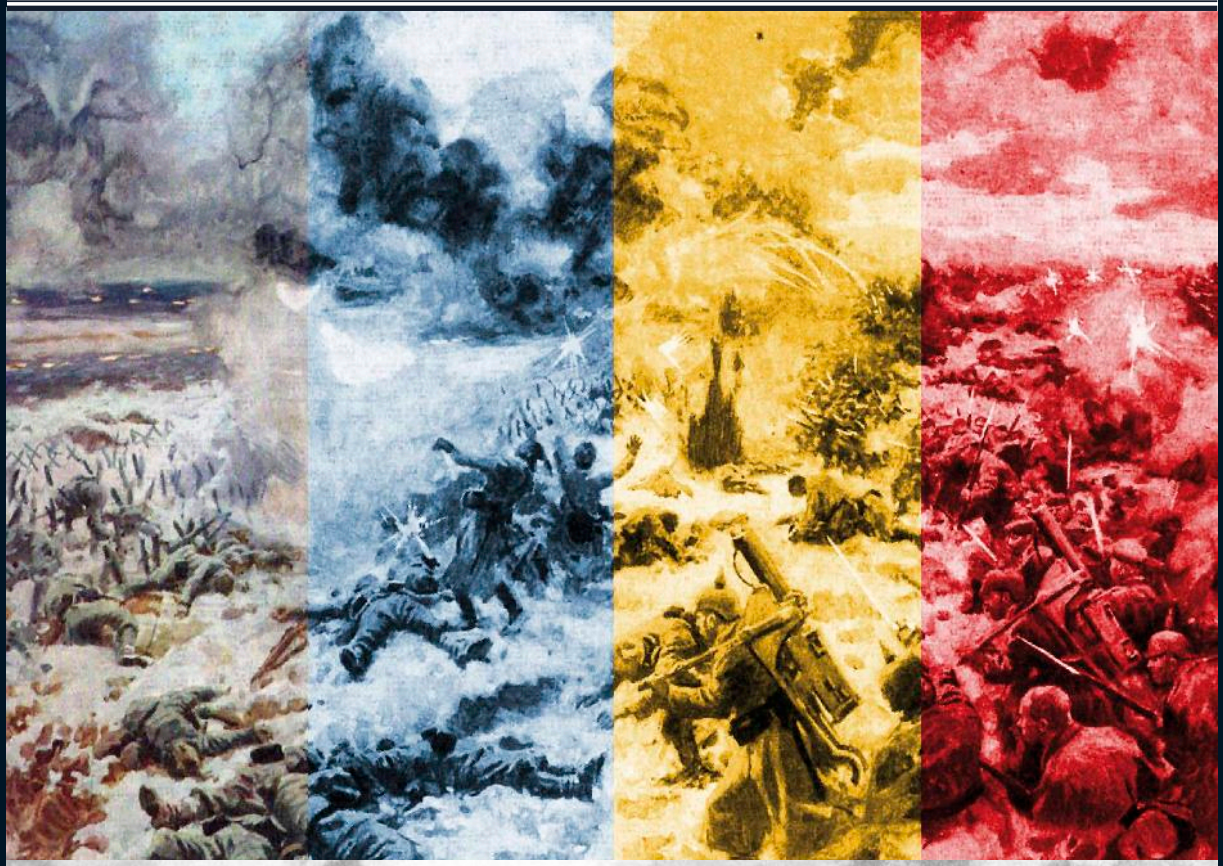
LA VERDAD EN LA HISTORIA

Inventio, creatio, imaginatio



PAOLA CORTI
JOSÉ LUIS WIDOW
RODRIGO MORENO
[EDITORES]

RiL editores

La verdad en la historia

Paola Corti • José Luis Widow • Rodrigo Moreno
(editores)

La verdad en la historia

inventio, creatio, imaginatio

RiL editores

907 Corti, Paola
C La verdad en la historia: inventio, creatio, imaginatio / Editores: Paola Corti, José Luis Widow, Rodrigo Moreno. – – Santiago : RIL editores, 2017.

386 p. ; 24 cm.

ISBN: 978-956-01-0459-5

1 HISTORIOGRAFÍA.

La verdad en la historia.
Inventio, creatio, imaginatio
Primera edición: agosto de 2017

© Paola Corti, José Luis Widow, Rodrigo Moreno, 2017
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 280.960

© RIL® editores, 2017

Sede Santiago:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
(56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Sede Valparaíso:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
(56) 32 274 6203
valparaiso@rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-0459-5

Derechos reservados.

Paul Ricoeur y *el pacto de verdad* entre historiador y lector: epistemología y condición histórica*

Daniel Ovalle Pastén
Universidad de Chile
Becario Conicyt PCHA

El sentido histórico es tiempo interpretado, integrado
en la orientación y la motivación
de las acciones humanas, y puesto de relieve
en la manera y la medida del sufrimiento humano[1].
Jörn Rüsen

Introducción

En diciembre del año 2010 se llevó a cabo en París el coloquio inaugural del Fondo Ricoeur —biblioteca formada por la donaciónde todos los libros del filósofo francés Paul Ricoeur al Instituto Protestante de Teología de París—, en donde vieron cita historiadores como Henry Rousso, Philippe Joutard, François Dosse, Christian Delacroix y François Hartog, entre otros. ¿Razón del encuentro? Debatir y reflexionar a diez años de la publicación de *La memoria, la historia, el olvido (La mémorie, l'histoire, l'oubli,* MHO*)*, para muchos, obra cúlmine del

* Este artículo es fruto de la ponencia leída por el autor en las VII Jornadas Internacionales de Teoría y Filosofía de la Historia, realizadas en la Universidad Adolfo Ibáñez (Viña del Mar, Chile) en agosto del año 2015. Su elaboración se ha visto beneficiada también por una estancia de investigación realizada en el Fondo Ricoeur (París) durante el mes de noviembre del 2014. Agradecemos al historiador François Dosse la invitación formal y a la Embajada de Francia en Chile (vía Instituto Chileno-Francés) por el financiamiento de dicha estancia.

1 Rüsen, Jörn, *Tiempo en ruptura*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2013, p. 44.

recorrido filosófico de Ricoeur. No es nuestro interés desentrañar las discusiones que allí se dieron[2], sí establecer la importancia innegable que representa, para toda discusión de teoría y práctica historiográfica, la obra del filósofo galo. El encuentro citado así lo corrobora[3].

A continuación intentaremos desarrollar una serie de reflexiones acerca del trabajo que dedicó Ricoeur para nosotros, los estudiosos del pasado, con el objetivo de argumentar que, para una correcta comprensión de su propuesta filosófica con respecto al quehacer historiador, es necesario entrar en discusiones anteriores a HMO centradas especialmente en su visión de la *verdad*, del *sujeto*, su comprensión hermenéutica de la *temporalidad* y la relación *memoria / historia*. Esto nos guiará en la difícil tarea de concatenar ideas que el filósofo elaboró en un largo recorrido, todas ellas centradas para nuestro objeto, hacia la representación del pasado. En ningún caso espere el lector un recorrido sistemático de su devenir filosófico, eso sería tarea para un filósofo de fuste. Nuestra empresa no aspira a tanto, sí a mostrar huellas que iluminen al lector que quiera comprender y ahondar en la propuesta ricoeuriana para la historiografía. Asunto que nos parece fundamental en cualquier debate teórico sobre nuestro trabajo.

Ricoeur y la verdad del pasado

En evidencia quedó la preocupación de Ricoeur por el problema de la *verdad* del pasado en el discurso inaugural de la XII Conferencia Marc Bloch realizada el 13 de junio del 2000. El acontecimiento no es menor pues, como explica François Dosse (en una enorme biografía intelectual que dedica a Ricoeur), dicha conferencia representa un nuevo momento en la relación de Ricoeur y los historiadores franceses. Aún cuando no se publicaba todavía su obra mayor —faltaban algunos meses para la publicación—, Ricoeur ofrece a la disciplina historiográfica los puntos más importantes del libro que aparecería meses después (HMO) nada menos que en la conferencia símbolo de una de las instituciones más relevantes del quehacer historiador en Francia: la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS). Como explica Dosse: «ella es en sí misma (la conferencia) la prueba de un nuevo estado de ánimo en la corporación

[2] El lector interesado puede revisar la publicación que surgió de dicho encuentro en Dosse, François y Goldesntein, C. *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, París: Seuil, 2013.

[3] Debemos sumar a los historiadores citados el nombre de Roger Chartier y su enorme dedicación a la obra de Ricoeur para su propio trabajo intelectual. Recomiendo al lector interesado revisar las clases que ha dado en el College de France bajo el título «Écrit et cultures dans l´Europe moderne» (disponibles en audio y video en la página oficial de dicho organismo) en donde las referencias a Ricoeur abundan. Revisar http://www.college-de-france.fr/site/roger-chartier/

historiadora, que entroniza a Ricoeur en la puerta grande, la de un verdadero y fecundo diálogo, invitándolo a ser la estrella de ese rito anual de la EHESS»[4].

Publicada en la versión julio-agosto del mismo año por la revista *Annales*, la conferencia comienza nada menos que con el problema de la representación del pasado, asunto que radica, para Ricoeur, fundamentalmente en la *verdad*. Sorprende el modo simple y ameno usado para explicar su exposición, tomando en cuenta que es un filósofo de diálogo exigente[5]:

> El problema de la representación del pasado por los historiadores puede enunciarse en términos de un pacto tácito que se establece entre el lector del texto histórico y el autor. El primero espera que se le proponga un «relato verdadero» y no una ficción. El segundo tiene entre manos el problema de saber si la escritura de la historia puede respetar ese pacto, cómo puede hacerlo y hasta qué punto[6].

Su referencia al problema de la ficción es relevante en la medida que el autor se distancia con ello de cierta tendencia que podríamos enmarcar como «posmoderna»[7], la cual ha intentado (con fuerza, desde los años sesenta) asociar el discurso historiador como un acto poco fiable. Tales problemas de la disciplina, Gerald Noiriel los fijó en 1996 en dos grupos: por un lado, el (mal) llamado relativismo histórico, asociado a la difusa separación entre lo real y lo ficticio (historia y literatura); por otro, al lugar de la historiografía dentro del campo de las ciencias sociales[8]. El primero de los puntos esbozados por Noiriel se entiende desde la propuesta de Alun Munslown, quien para explicar el desarrollo de la historiografía contemporánea, distingue tres formas de escritura de la historia: reconstruccionista, construccionista y deconstruccionista. En esta última, a juicio personal, deberíamos posicionar a los llamados posmodernos (en donde

---

4 Dosse, François, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005)* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 714.

5 Cabe notar, visto en perspectiva, que si la mayor de las falencias de todas las generaciones de historiadores de *Annales* fue la nula o poca teorización de su quehacer, el trabajo de Ricoeur viene a ser una verdadera donación intelectual a ese vacío. Ricoeur, si bien criticó ciertas modalidades epistemológicas de esos historiadores (recuerde el lector las muchas líneas dedicadas a lo que llamo «el eclipse del acontecimiento» en *Tiempo y narración* I), termina por acompañar y afianzar el proyecto «moderno» de los fundadores de *Annales*: la historia como ciencia.

6 Ricoeur, Paul, «L`ecriture d` histoire et la représentation du passé», en *Annales* 55, Nº 4, 2000, p. 734.

7 A nuestro juicio, el mejor escrito que devela la distancia de Ricoeur con ciertas filosofías que subjetivaban en extremo el conocimiento verdadero (eso entenderemos acá por posmodernismo) es el de Silva, Eduardo, «Paul Ricoeur y los desplazamientos de la hermenéutica». En *Teología y vida*. [vol. XLVI], 2005, pp. 167-205.

8 Noiriel, Gérard, *Sur la «crise» de l`histoire*, París: Berlin, 1996.

no posicionamos la filosofía crítica de la historia de Ricoeur), historiadores y teóricos ligados a la propuesta de Hayden White y pontificada con posterioridad por Frank Ankersmit[9]. Es la caja de resonancia del llamado *giro lingüístico* desde filósofos e historiadores que se suman al de White, como Dominique Lacapra, Lawrence Stone, Roland Barthes, Jacques Derrida y Keith Jenkins.

Es cierto que Ricoeur elabora, en *Tiempo y narración*, una teoría de la narratividad que dota de inteligibilidad a las aporías del tiempo, y en donde el relato de ficción e histórico dan forma al tiempo humano, no obstante, ello no quiere decir que Ricoeur dote directamente al relato historiográfico la necesidad del ficcionar el pasado para que pueda ser representado. Chartier lo explica así:

> Los historiadores saben que están en deuda con Paul Ricoeur. Los tres tomos de *Tiempo y narración* constituyen una de las reflexiones más profundas que se han llevado a cabo en los últimos años sobre el estudio de la historia. Como es el caso de otros, no siempre hacen lo que creen que hacen, y no siempre saben lo que están haciendo. El libro de Ricoeur los ha ayudado a ser más lúcidos dentro de su propia práctica y a comprender cómo la intensión de verdad sobre la que está fundada su disciplina no puede separarse de los parentescos que vinculan su escritura a la de los relatos de ficción[10].

Volvamos a Ricoeur y su *intención de verdad*. Como nos lo ha mostrado desde la filosofía del lenguaje en los tres tomos de *Tiempo y narración* (1983-1985), la función narrativa de toda acción humana debe comprenderse desde dos formas de acción: lo verídico y la ficción. Tal como expresa el proyecto que mueve la obra en cuestión, «la función *mimética* de las narraciones se manifiesta preferentemente en el campo de la acción y de sus valores temporales»[11], esto, pues como explica largamente, son las *tramas* que nos contamos desde lo cierto y ficticio las que nos hacen propiamente estar-en-el-mundo. Como ha valorado François Hartog en sus recorridos por la historiografía desde la época clásica hasta nuestros días, es precisamente Ricoeur quien ha reflexionado de forma sistemática y en mayor profundidad acerca de la relación indisociable entre narración, historia

---

9 Ver del autor: *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, México: FCE, 2004 (primera edición en inglés de 1992) y *Narrativismo y teoría historiográfica*, Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae, 2013.

10 Chartier, Roger, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana, 2005, p. 69.

11 Ricœur, Paul, *Temps et récit I. L´intrigue et le récit historique*, Paris, Seuil, 1983, p. 12.

y ficción[12], posicionándolo, junto a Carlo Ginzburg, como el mayor defensor de una disciplina que se entiende desde la veracidad del relato[13].

Ya desde los años cincuenta Ricoeur dedicaba esfuerzos para el pensar histórico. Sus reflexiones, como indica Dosse, datan de su enfrentamiento a ese objetivismo triunfal de los historiadores profesionales, a quienes llamaba a la modestia «sin renunciar a las exigencias de la cientificidad»[14]. En ocasión de las Jornadas Pedagógicas de Coordinación de la Enseñanza de la Filosofía y la Historia (1952), Ricoeur expuso su rechazo a la visión en extremo estructuralista que esconde el sujeto y los valores que lo mueven en el actuar, para bien o para mal. Se dejaba ver a trasluz su tesis doctoral de lo voluntario y lo involuntario como modos de estar-en-el-mundo desde la visión del sujeto falible.

Ricoeur apunta en esta primera etapa hacia una objetividad que se construye al modo de lo expuesto por Marc Bloch, de hecho, lo cita: «hay que estar agradecido a Marc Bloch por haber llamado «observación» al acercamiento al pasado por parte del historiador […] muestra que esa aparente servidumbre de no estar nunca ante su objeto pasado, sino ante su huella, no descalifica de ningún modo a la historia en tanto ciencia»[15]. En los años ochenta sus convicción tampoco cambiará al establecer, desde la teoría del texto y de la acción, la estrecha relación de ambas con la teoría de la historia, toda vez que la historiografía apunta al relato verdadero del pasado «en comparación con los relatos míticos o con los relatos ficticios, como epopeyas, dramas, tragedias, novelas, novelas cortas, ya que, por otra parte, la historia se refiere a las *acciones* de los hombres en el pasado»[16].

Quince años después (HMO, 2000) su convicción no cambió. Introduciendo el segundo momento de MHO, el de la «historia / epistemología», el filósofo apuntaba hacia el objetivo de su proyecto: «antes será preciso que la historia haya alcanzado el pleno estatus de su autonomía en tanto que ciencia humana»[17]. A poco andar del capítulo, Ricoeur toma parte con historiadores, como Ginzburg y Chartier, en la discusión que generó la publicación de *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, escrita por Hyden Whitte en

[12] Hartog, François, Évidence de l`histoire. Ce que voient les historiens, Paris, Ed. EHESS, 2005, p. 204.

[13] Hartog, François, *Croire en l´histoire*, Paris: Flammarion, 2013.

[14] Dosse, François, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 243.

[15] Ricœur, Paul, *Historia y verdad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015 (original en francés de 1952), p. 31.

[16] Ricœur, Paul, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica* II, México: Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 163.

[17] Ricœur, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli,* París: Le Seuil, 2000, pp. 167-168.

1973. Retoma su rechazo a la dicotomía explicación / comprensión derivada desde aquellos horizontes de objetivación cercanos a las ciencias naturales proponiendo la «explicación comprensiva», precisamente para hacer frente a aquellos que dudan de la fiabilidad de los discursos sobre el pasado, tal como lo hiciera Withe[18]. La propuesta no puede entenderse sino desde la operación historiográfica que Ricoeur toma de Michel de Certeau: «solo juntas, escritura, explicación comprensiva y prueba documental son capaces de acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico»[19]. Asunto al cual volveremos.

Ricoeur y su visión del sujeto

La visión de *sujeto* se entiende, en la obra de Ricoeur, desde tres ángulos: pensante, actuante y sintiente[20]. Es desde los signos depositados en la memoria colectiva desde donde la historiografía debe hacerse cargo de la representación del pasado, pues es allí donde todo sujeto, en relación con otros, deja las huellas que permiten tal construcción intelectual. Como lo explica desde su autobiografía intelectual: «el sujeto, afirmé, no se conoce a sí mismo directamente, sino solo a través de los signos depositados en su memoria y su imaginario por las grandes culturas. Esta opacidad del cogito no concernía en principio únicamente a la experiencia de la mala voluntad, sino a toda la vida intencional del sujeto»[21].

¿Opacidad del *cogito*? Hay que decir que Ricoeur distingue entre el *cogito* «exaltado» de tipo cartesiano y el cogito «humillado» en Nietzsche (después en Derrida, Foucault y Barthes), el que llama *cogito herido* y que logra el entendimiento de sí a través de un rodeo (*détour*) con lo *otro*: se trata de una operación de «distanciación»: «contrariamente a la tradición del *cogito* y a la pretensión del sujeto de conocerse a sí mismo por una intuición inmediata, sostengo que no nos comprendemos más que por el gran rodeo de los signos de la humanidad depositados en las obras de la cultura»[22]. Ese rodeo de los signos apunta hacia la interpretación, hacia la hermenéutica. Es la comunicación y, con ella, en palabras

---

18 Ver Hayden Withe, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, España: Paidós, 1992. Para el lector interesado en la recepción de la obra de Withe ver Jaume Aurell, «La recepción de metahistoria: de la retórica a la ética», en Bolaños de Miguel (Ed.), *Metahistoria: 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden Withe*, Madrid: Sinindice, 2014, pp. 13-23.

19 Ricœur, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli,* p. 363.

20 Ricœur, Paul, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 1997, p. 30.

21 *Ibidem*, 32.

22 Ricœur, Paul, «La función hermenéutica de la distanciación». En Ricœur, Paul, *Del texto a la acción…*, pp. 95-108.

de Jurgen Habermas, «el uso reflexivo de la competencia comunicativa»[23], la que nos obliga a siempre interpretar nuestros discursos y los de otros en vías de la comprensión.

A nuestro entender, una de las claves en la compresión ricoeuriana es posicionar al sujeto como *ser histórico*. Al estudiar como historiador a Ricoeur, observamos la relación entre el discurso historiador y el pasado configurados en la interpretación significante del lenguaje. Para tal efecto, resulta fundamental comprender su proyecto filosófico del «injerto de la hermenéutica en la fenomenología», y con ello sus repercusiones en la interpretación del sujeto, en la medida que nos irá conduciendo a la resignificación del lenguaje, esta última, herramienta esencial para adentrarnos en la relación temporal. Para esto, allá por los años sesenta, Ricoeur redirige la pregunta por la *comprensión* hacia su episteme:

> ¿qué le sucede a una epistemología de la interpretación, surgida de una reflexión sobre la exégesis, sobre el método de la historia, sobre el psicoanálisis y la fenomenología de la religión, etcétera; cuando es alcanzada, animada y, si se me permite decir, aspirada por una ontología de la compresión?[24].

Acá nuestro autor apuntaba al núcleo de su proyecto: la herramienta metódica por la cual Ricoeur entra en la compresión del accionar humano será el *lenguaje*. El injerto hermenéutico en la fenomenología es precisamente hacer del lenguaje un vehículo para aprender las múltiples subjetividades del ser humano. Ricoeur está escribiendo en el ambiente francés, en donde el estructuralismo parece ser la llave que abre la posibilidad de erigir la compresión social en ciencia positiva. Así lo entendía Foucault: «el estructuralismo no es un nuevo método, él es la conciencia despierta e inquieta de un nuevo saber modero»[25]. De la mano del etnógrafo y del psicoanálisis el estructuralismo esperaba sacudirse de toda metafísica, como el mismo Foucault expresó: «con relación a las ciencias humanas, el psicoanálisis y la etnología son más bien contraciencias [...] no

[23] «La reflexividad y la objetividad son rasgos fundamentales del lenguaje al igual que la creatividad y la integración del lenguaje en la práctica de la vida. Tal saber reflexivo, que se resume en la conciencia hermenéutica, se distingue a todas luces de la habilidad misma de hacer un uso disciplinado de la comprensión y del discurso», Habermas, Jürgen, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 2009, p. 281.

[24] Ricœur, Paul, *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 12.

[25] Foucault, Michel, *Les Mots et les choses*, Paris, Gallimard, 1966, p. 221.

dejan de deshacer a este hombre que en las ciencias humanas hace y rehace su positividad»[26].

Para uno de los mejores entendidos en el proceso estructuralista francés, el fenómeno intelectual desde mediado el siglo xx representa una verdadera crisis para la historiografía por aquellos años, o como lo ha venido llamado últimamente «el momento estructuralista o Clio en exilio», precisamente por esa ausencia de historicidad del sujeto a causa del *boom* del estructuralismo[27]. Son los años dorados de la etnología francesa con Levi-Strauss a la cabeza, cuando la historia como ciencia social quedó a la retaguardia del corpus de ciencias sociales que buscaban desentrañar las claves simbólicas del inconsciente social, claves profundas que desde el lenguaje y el trabajo de campo la antropología podía entregar y así posicionar tal disciplina como la madre de las ciencias sociales. Para la historia, desde la mirada estructuralista, quedaba revelar los avatares mostrados por los documentos, mas para la antropología estructural quedaba la función compleja y difícil de desentrañar aquello a lo que el historiador —según aquellos— no tenía acceso: las estructuras inconscientes de los grupos humanos.

En este contexto es reveladora una de las frases que Levi-Strauss lanzó en su lección inaugural del College de France el 5 de enero de 1960: «la antropología no pierde la esperanza de despertarse, a la hora del juicio final, entre las ciencias naturales»[28]. El sentido de la historia con Levi-Strauss quedaba, de alguna manera, anulado. Esta nueva tendencia en el análisis social apocó el sentido de la transformación histórica llevándolo al plano de la lógica de las relaciones cuasi matemáticas, como lo muestran las relaciones de parentesco, tan conocidas en el análisis antropológico de Levi-Strauss. Para esta nueva fuerza intelectual, el tiempo histórico no tiene cabida más que para hablar de tradiciones[29]. Como bien sabemos —asunto del cual no podemos hacernos cargo ahora—, es Braudel quien exhortará a la disciplina histórica a sacudirse de los embates de etnólogos y cientistas sociales, defendiendo la posición de la disciplina.

---

26 En François Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 340.

27 François Dosse, «Le moment structuraliste ou Clio en exil», *Vingtième Siecle. Revue d`histoire* 117-1 París, 2013, pp. 133-147.

28 En Dosse, François, «El retorno del acontecimiento bajo la prueba de la pluridisciplinariedad», en Dosse, François, *El giro reflexivo de la historia*, Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae, 2012, p. 240.

29 Para ser justos cabe decir que ciertos historiadores asumieron esta antropología estructuralista dotándola de historia en sus análisis, tal es el caso de Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet y Marcel Detienne.

Ricoeurse preguntaba entonces: «¿cómo fundar las ciencias históricas frente a las ciencias de la naturaleza?»[30]. La interrogante no remite solamente hacia al sueño nomológico de Hempel de dotar al estudio del pasado de los mismos mecanismos de estudio que las ciencias de la naturaleza (la búsqueda de lo repetitivo, de leyes), sino que al esfuerzo de la antropología —liderada, sin lugar a dudas, por Levi-Strauss— de hacer de ella la madre de las ciencias sociales.

El camino trazado por Ricoeur no remite solo a un problema filosófico pues, como se ha dicho, la propuesta ricoeuriana apuntó a los símbolos y signos culturales en todo pasado, por lo oculto del lenguaje en el discurso, en fin de cuentas por la historia. Como mejor explica Dosse:

> Esta dialectización del explicar y el comprender conduce a Ricoeur a no rechazar la pertinencia del sujeto, que en el estructuralismo es reducido ya sea a un sujeto interceptado, inaccesible a sí mismo, ya sea al simplemente no lugar de un proceso sin sujeto [...] El sujeto según Ricoeur es el punto de llegada, un sujeto reencontrado luego del largo recorrido-desvío de apropiación de la enseñanza de la lingüística, del análisis literario, de la sociología, de la antropología y de la historia[31].

Explicación y comprensión, visto por nosotros de modo muy somero, apuntan entonces a un problema temporal, histórico:

> Lo que ha sido catalogado como «historicismo» es la presuposición epistemológica de que el contenido de las obras literarias, y en general los documentos culturales, recibe su inteligibilidad por su conexión con las condiciones sociales de la comunidad que lo produjeron o que estaba destinado a reflejar[32].

Ricoeur y el problema de la temporalidad

Entrar en el problema de la temporalidad es también entrar en el campo de la condición histórica del sujeto, esto es, entrar en *Tiempo y narración* (tres tomos, 1983-1985), texto que lo lanza a la fama mundial y que de paso lo posiciona como uno de los grandes filósofos franceses del siglo xx.

Es más, la propuesta del sujeto en Ricoeur queda mejor comprendida al entrar en el plano de la temporalidad y el juego de las relaciones entre presente,

---

30 Ricœur, Paul, *El conflicto de las interpretaciones*, p. 15.

31 François Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 342.

32 Ricœur, Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México: Siglo XXI, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 101.

pasado y futuro de todo sujeto. ¿Cómo adentrarnos en lo temporal si nadie nos ha explicado qué es el tiempo?, se pregunta Ricoeur. Sin pretender dar una respuesta taxativa (la historia de la filosofía solo había planteado aporías ante la problemática), propone a lo menos el camino para llegar a la respuesta: la narración. La tesis central de la trilogía es la siguiente:

> entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal[33].

La propuesta de *Temps et récit* ofrece una salida al estructuralismo en la impronta de un *sujeto* que se narra, tanto en los planos individual y colectivo (desde MHO será desde la memoria colectiva), desde el fenómeno de la historicidad: desde la sincronía y la diacronía. «Con *Tiempo y narración*, Ricoeur opone a las lógicas puramente sincrónicas del tiempo inmóvil, de la temporalidad fría, de los análisis estructurales la consustancialidad de todo relato con sus lógicas temporales, diacrónicas»[34].

Es la narración la que nos lleva a la problemática de la historicidad o de la compresión social de pasado / presente / futuro. Ricoeur nos propone alejarnos de la visión lineal del tiempo para entrar en un proceso hermenéutico de la acción, del actuar. Con Aristóteles, la teoría ricoeuriana de la triple mimesis pretende salir de las aporías del tiempo en san Agustín y el mismo filósofo griego. Lo central está en comprender que toda cultura se narra, por tanto configura temporalidad desde la prefiguración, la configuración y la refiguración de la *trama*, ya sea desde relatos verídicos o ficticios, ambas condiciones de toda temporalidad.

Una de las ideas centrales del texto es que la condición histórica nace porque somos «afectados por el pasado». Para dar sentido a su teoría Ricoeur se apoya en R. Koselleck y sus nociones de «espacio de experiencia» (presencia del pasado en el presente) y «horizonte de espera» (el futuro hecho presente)[35]. Estos dos conceptos metahistóricos son, para el autor alemán, las condiciones de toda historia (de toda trama), ellos dan a la vez la posibilidad de plantear su semántica histórica, su gran proyecto de historia conceptual. El *espacio de experiencia* nos

---

33 Ricœur, Paul, *Temps et récit I*..., p. 105.

34 Dosse, François, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 512.

35 Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*; *Historia y hermenéutica*; *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (las tres obras publicadas sucesivamente en Barcelona por la editorial Paidós, en 1993, 1997 y 2001, respectivamente).

remite a una suma de significaciones transmitidas por generaciones en la interacción con el presente (espacio comunicacional en términos de intersubjetividad, nos diría Habermas), mientras que en el *horizonte de expectativas* apela a la «espera, la esperanza el temor, el deseo y el querer, la preocupación, el cálculo racional, la curiosidad […] todas las manifestaciones privadas o comunes que miran al futuro»[36].

Esta hermenéutica del tiempo histórico hace que tomen fuerza las nociones de presente y futuro dentro del análisis social, a la vez que puedan utilizarse como herramientas heurísticas para comprender que lo que cambia y lo que se genera como novedoso no son más que constructos sociales que coexisten simultáneamente de modo no excluyente en el tiempo histórico[37].

Para Ricoeur, la forma epistemológica de hacer efectiva esta hermenéutica temporal es bajo la premisa de la *huella*. Las huellas hechas documentos y archivos históricos nos remiten a la duplicidad de sentido del pasado, no solamente el que pasó, también el que se hace presente. Por tanto, la idea es un llamado no solamente al marco metodológico de la historia, sino también al plano reflexivo de nuestra disciplina, en la medida que nos apela a pensar un pasado que si bien *fue*, también actúa vivamente, desde la interpretación de sus huellas, en el presente.

Tal cuestión guarda relación con lo que Ricoeur comprende desde el «habiendo sido» y no solo desde un pasado que *fue*. Así, al ser marcados por el pasado se hace el vínculo entre acción histórica y el pasado recibido. ¿Cómo? Desde la historicidad o la comprensión de las relaciones pasado-futuro. De esta manera, para Ricoeur, la única manera como la historiografía responde a las aporías del tiempo es en la elaboración de un tercer tiempo —el tiempo propiamente histórico— que media entre el tiempo vivido (fenomenológico) y «el tiempo cósmico»[38]. Para su comprensión Ricoeur se apoya en lo que llama «instrumentos de comprensión», a saber: el calendario, la sucesión de las generaciones (contemporáneos, predecesores y sucesores), el uso de los archivos, los documentos y las huellas. La «refiguración del tiempo» es posible gracias a estos «instrumentos» que «hacen de conectores entre el tiempo vivido y el tiempo universal»[39].

La idea que permite concatenar estos conectores es la de *huella*. Tanto desde el calendario como puente entre naturaleza y humanidad, desde los avatares

---

36 Ricœur, Paul, *Temps et récit III*, p. 376.

37 Fernández Sebastián, Javier. «Tradiciones electivas. Cambio, continuidad y ruptura en la historia intelectual», Almanack, Guarulhos Nº 7, 2014, p. 22.

38 Ricœur, Paul, *Temps et récit III*, p. 181.

39 *Ibid*., p. 189.

vivenciales de las generaciones y desde los usos y silencios (manipulados o no) de los archivos, la idea de *huella* es usada por Ricoeur para plasmar lo que luego en HMO será el momento epistemológico de la «memoria archivada» o la fase documental de la operación historiográfica. Ricoeur sigue amenamente el paradigma indiciario propuesto por Carlo Ginzburg: el pasado es impenetrable, nos quedan nada más que huellas, indicios que abren zonas de comprensión privilegiadas[40]. O como nos ha dejado desde el título de un libro publicado hace no mucho, *El hilo y las huellas*, refiriéndose al relato, al contar historias, como el hilo que seguimos los historiadores mientras no fiamos de huellas[41].

Por su parte, Ricoeur pasa desde una hermenéutica crítica hacia otra de corte ontológico, esto, a razón de que, en última instancia y como condición insuperable, el sujeto de acción debe ser siempre interpretado desde su condición histórica. El obrar en común en el mundo social de todo sujeto permite al filósofo francés observar que es la condición histórica (o el problema de la historicidad) el sustrato último que permite su propuesta. Asunto que toca directamente al quehacer historiográfico pues, siguiendo a Bernard Lepetit, Ricoeur apunta hacia la comprensión del pasado en la memoria y desde el presente de la historia: «es en la transformación del valor del presente donde se encuentra el origen del cambio de situación del pasado»[42]. Es por eso que luego de las repercusiones de la publicación de *Tiempo y narración*, Ricoeur comienza dedicar una larga reflexión al problema de la memoria.

Memoria e historia en Ricoeur

El largo recorrido filosófico, desde las aporías de la temporalidad hasta el problema memorial, en Ricoeur (desde 1980-2000) se comprende desde un *trabajo de la memoria* en vías de una *memoria justa*. Luego de la publicación de *Tiempo y narración*, presencia el *boom por la memoria*. Como recuerda Hartog, la segunda mitad de la década de los ochenta ve publicar algunos títulos que se multiplicarán citados en innumerables textos posteriores: los (manoseados) *Lugares de la memoria* de Nora (desde 1984 a 1992), *Shoa* de Lanzmann (1985) y *Los asesinos de la memoria* de Vidal-Naquet (1987)[43].

---

40 Ginzburg, Carlo, *Tentativas*, Rosario: Prohistoria, 2004, pp. 69-115.

41 Ginzburg, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo falso, lo verdadero, lo ficticio*, Buenos Aires: FCE, 2010, p. 9.

42 Lepetit, Bernard, «Le présent de l`histoire», en Paul Ricœur, *La mémoire, l`histoire, l'oubli*, p. 502 (cita nº 59).

43 Hartog, François, Croire en l´histoire, pp. 123-124.

En Francia, el gremio historiador vive por esos años vientos de cambios. La revista *Annales* publicó, en el año 1980, un dossier titulado *Archives orales: une autre histoire*? Años antes el desaparecido historiador Jacques Le Goff escribía textos reflexivos acerca de la memoria publicados en italiano (1977) y luego en francés bajo el título *Histoire et mémoire* (después lo haría en español en 1991 con su libro *El orden de la memoria*). Luego de unos diez años de cuestionamientos y reflexiones, *Annales* publica, a partir de 1988, algunos números que van a dar la pauta para el cambio (en donde la figura de Bernard Lepetit jugó un papel destacado). En abril de ese año publican un dossier titulado *Historia y Ciencias Sociales: ¿un giro crítico*?, planteando algo bastante novedoso para una revista que llevaba la marca del estructuralismo y que venía dando buena parte de la pauta internacional de las investigaciones historiográficas: «no nos hemos cuestionado suficiente sobre la noción de interpretación, sobre la noción de agentes o actores [...] La sociedad no es una cosa»[44]. Acto seguido, Roger Chartier publicó en la misma revista su célebre monografía, que se trasformará en el libro del mismo título: «El mundo como representación». Son los años en que los historiadores franceses se preguntan acerca de la hermenéutica, del tiempo (fenomenológico y no cronológico), de la epistemología de la historia: todos asuntos que tenían a la mano en la trilogía *Tiempo y narración*[45].

Con la publicación de MHO, quince años después, Ricoeur planteaba así un trípode esencial para toda discusión de conocimiento histórico: una fenomenología de la memoria, una epistemología de la historia y una hermenéutica de la condición humana (que incluye el olvido), desde donde nos posiciona en la difícil discusión de la representación del pasado. Ricoeur agrega a la discusión del sujeto narrado en *Tiempo y narración* la suma de las personas gramaticales desde el recuerdo memorial. Ensancha así la discusión ya no solamente desde la filosofía del lenguaje sino que desde una pragmática de la memoria, en vías de un trabajo de la memoria desde lo justo, como matriz del discurso historiográfico, que sea capaz de combatir las manipulaciones del pasado: memoria impedida, memoria manipulada, memoria forzada. Intenta desdibujar cierta subordinación entre memoria e historia en pos de una dialéctica constructiva para que cualquier juicio respecto del pasado quede al arbitrio de todo ciudadano, pero en donde la epistemología de la historia traza los modos explicativos que separan memoria e historia. Matriz

[44] Ver *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, Nº 43:2, 1988. Una reflexión interesante acerca de todo esto en Lepetit, Bernard, «Los *Annales*, hoy», en *Iztapalapa*, enero-junio 1995, pp. 103-122.

[45] Quizás la mejor publicación para un seguimiento en detalle del proceso de renovación historiográfica francesa en Dosse, F., *La historia en Migajas. De Anales a la «nueva historia»*, México: Universidad Iberoamericana, 2006.

de la historia: la memoria; e historia como disciplina que toma distancia de la memoria por su carácter crítico.

Ahora bien, como matriz de la historia, la memoria, explica Ricoeur, no puede por sí sola hacerse cargo de la representación del pasado. Con Aristóteles, Ricoeur asume el *phatos* de la afección del pasado en la memoria, ese estar *afectado* por el pasado al que nos hemos remitido. Por la misma razón el pasado afecta el presente, lo toca, lo invita a pensarse en una hermenéutica sin fin pues siempre hay un presente que necesita responder preguntas del pasado. Así, el problema de cómo representar la *presencia de la cosa ausente* debe quedar del lado del relato verídico, no de ficción. Cierto es que todo historiador debe imaginar y hasta pensar una historia contrafactual en su ir y venir mientras desarrolla sus pesquisas, pero el desarrollo de la operación historiográfica asume una búsqueda por la verdad desde las huellas memoriales. El título lo evoca claramente: la historia se posiciona entre la memoria y el olvido.

La representación del pasado abre paso, al igual que la segunda sección de la MHO, a la epistemología de la historia. Esto, a razón de que el acto escriturario del pasado responde a lo que De Certeau denominó *la operación historiográfica*: tres fases a nivel del lenguaje, no sucesivas, y que Ricoeur explica como la etapa documental del archivo, la explicación / compresión y la de escritura (literaria). En este punto debemos reiterar que la explicación / compresión no es meramente un uso de palabras comunes, apunta hacia la convergencia de las miradas estructuralistas y hermenéuticas en el análisis del sujeto de acción. Ricoeur ya lo planteaba así en 1963 en un número especial de la revista *Esprit* dedicado a las repercusiones que tuvo el texto de Levi-Strauss *Pensamiento salvaje*:

> si se considera el análisis estructural como una etapa —una etapa necesaria— entre una interpretación de superficie y otra profunda, entonces es posible situar la explicación y la interpretación en un único *arco hermenéutico* e integrar las visiones opuestas de la explicación y la comprensión en una concepción global de la lectura como recuperación de sentido[46].

De esta manera Ricoeur defiende, incluso en desmedro de la idea de *mentalidad*, la escritura de la historia como representación del pasado. Ella remite al momento de expresión literaria en donde «el discurso historiador declara su ambición, su reinvidicación, su pretensión, la de representar *de verdad* el pasado»[47]. Termina Ricoeur proponiendo, más allá de la representación historiadora y del problema epistemológico, el concepto de *representancia* (*représentance*, acuñado

[46] Ricœur, Paul, «Structure et herméneutique», *Esprit*, 598, París, 1963. pp. 174-175.
[47] Ricœur, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 305.

ya en el tercer tomo de *Tiempo y narración*) como el trabajo historiador desde una especie de vigía, de lugarteniente.

¿Qué es entonces la memoria para nuestro autor? Concretamente dos cosas: por un lado es la matriz de la historia, pues cuenta con la presencia del recuerdo, esa imagen evocada en el *eikon* griego; por otro, es búsqueda, es *reminiscencia*. Este es el marco general del problema de la memoria en Ricoeur, asunto que no puede ser comprendido sino es dentro del contexto de la representación del pasado, asunto epistemológico para la escritura de la historia desde la condición histórica del sujeto y su historicidad.

La memoria y la historia presentan así naturalezas distintas. En Ricoeur, la memoria espera la *fidelidad* del recuerdo; mientras que de la historia se espera un discurso veritativo, tal como se pregunta el filósofo: ¿qué sería una verdad sin fidelidad, o incluso una fidelidad sin verdad?, o como explica F. Dosse en su biografía intelectual, cito:

> La memoria es ese lugar a medias individual, a medias colectivo, cuya distinción con la noción de historia hace indispensable la existencia de una mediación, de un conector que será representado por el relato. Ricoeur lleva a cabo un nuevo avance de su espiral hermenéutico, que con el objeto memorial, ahonda esta vez más profundo en el interior de los fenómenos, abriéndose siempre a un actuar, a un destinatario[48].

Ese conector evocado por Dosse, ese relato es y debe ser el estudio crítico del pasado, trabajo historiador que tiene en la filosofía de Ricoeur una fuente inagotable de herramientas como la visión del sujeto, la hermenéutica, la conciencia histórica y la ontología del ser histórico.

A modo de conclusión

El sentido histórico es tiempo interpretado. La frase de Jörn Rüsen, citada como epígrafe, se nos aparece con sabiduría, inteligencia y dificultad. Problema del que podríamos sortear, los historiadores, desde la lectura de Ricoeur. Lectura y diálogo exigente, como lo hiciera público Henry Rousso[49] hace algunos años. Por lo mismo, la necesidad de reflexiones historiográficas que nos permitan tener una visión general de su trabajo resultan necesarias, Por lo menos, eso hemos intentado.

---

[48] François Dosse, *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida*, p. 698.

[49] Dosse, François y Goldesntein, *Paul Ricoeur: penser la mémoire*, p. 33.

De esta forma, el *tiempo interpretado* no puede ya situarse con Ricoeur desde esa mirada lineal del tiempo histórico. Como hemos querido plasmar, la necesidad de pensar el tiempo deviene en la posibilidad de nuevas escrituras de la historia que superen esa mirada tan ligada a la historia universal, entendida como la unidad de los procesos históricos del mundo, tal como lo ha mostrado Koselleck[50]. La empresa tampoco puede ser ligada a difusas neblinas intelectuales acerca de lo real del pasado. Tenemos un pacto de verdad con el lector: interpretar el pasado desde el presente sujetos a lo que realmente sucedió y donde la historia social —pensemos en Marc Bloch— no puede ser olvidada. La operación historiográfica en De Certeau y retomada por Ricoeur es prueba de la confianza en una disciplina distinta de la literatura, pues al posicionar sujetos y acontecimientos como nudos centrales de su maridaje intelectual, intentan dar sentido al pasado desde reglas metódicas que, si bien distintas de las ciencias naturales, deben responder, por un asunto ético y de responsabilidad (como lo ha notado el mismo Rüsen), a una objetividad histórica que «puede describirse como un tipo de verdad producida a partir de procedimientos metódicos de recognición relativos a la experiencia del pasado»[51].

Con Ricoeur los historiadores tenemos la posibilidad teórica y necesaria, en base a esta ética, de establecer las posibilidades de conocimiento —lecturas epistemológicas— acerca de los objetos de estudio a los que nos inclinamos. Ricoeur no agota, por cierto, la teoría, pero sí ofrece un bagaje reflexivo para la historiografía, que es necesario poner en el lugar que le corresponde. La visión del sujeto de acción pero falible (motivaciones humanas también desde el sufrimiento), la hermenéutica del tiempo (comprendida desde la narración verídica y de ficción) y la relación historia-memoria son, creemos, los pilares fundamentales donde su filosofía nutre el quehacer historiográfico.

---

50 Koselleck, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós, 1993.

51 Rüsen, Jörn, «Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética de la labor del historiador», *Alcores* 2006, Nº 1, p. 31.